

peculiaridad lingüística. Ello brinda la posibilidad de seguir en lengua española el pensamiento de Husserl en este punto decisivo.

Agustín SERRANO DE HARO

MORENO, F., *Hombre y sociedad en el pensamiento de Fromm*. F.C.E., Madrid, 1981, págs. 383.

Entre los escasos estudios en lengua castellana dedicados al pensamiento de E. Fromm, merece especialmente ser destacada la obra de F. Moreno, por cuanto en ella se realiza un recorrido exhaustivo por la mayor parte de la abundante producción de dicho autor, acometiendo, desde una perspectiva psicológica, una peculiar forma de tratamiento e interpretación de los temas abordados, que convierte su trabajo en portador de una originalidad e interés extraordinarios para la comprensión, profundización y difusión del mencionado pensador freudomarxista.

Su reflexión surge y está dirigida por la pretensión de elucidar la naturaleza de la interacción entre lo psicológico y lo social. En efecto, a propósito de un trabajo experimental de psicología animal, en el que se concluía la necesidad de afirmar la interacción de las estructuras psicobiológicas y socio-ambientales a la hora de explicar los problemas relativos a la conducta, y, ante la incapacidad de los métodos habituales en psicología del aprendizaje para dar cuenta de ella (pág. 12), la profesora Moreno acude a un campo de observación diferente: el *psicoanálisis social*, y, dentro de él, se centra en el estudio de uno de sus más destacados representantes, en cuya obra efectivamente se consideran los dos polos de dicha interacción como categorías fundamentales: el individuo aislado en su relación con la realidad social.

Por lo que respecta a la estructura de la obra hay que señalar que, aunque consta de cinco capítulos, su autora nos la presenta como compuesta de cuatro partes fundamentales que se corresponden con los cuatro núcleos temáticos tratados en ella. Así, en la primera parte (págs. 15-92), se lleva a cabo un estudio de la práctica psicoanalítica de Fromm, sirviéndose a tal efecto de las pautas que proporciona *El lenguaje olvidado*. A continuación, en el segundo capítulo (págs. 93-174), se desvela el sentido de una categoría crucial, el inconsciente, para concluir la novedosa aportación frommiana al tema. Ahora bien, de la concepción del inconsciente y de la introducción de conceptos de carácter explícitamente dialécticos se deriva una importante categoría: la naturaleza humana, a cuyo estudio dedica los capítulos tercero y cuarto (págs. 175-289). Por último, se expone una posible teoría de la personalidad entendida como objeto inmediato de la psicología de Fromm.

F. Moreno decide comenzar, atendiendo a razones didácticas o de ex-

posición (pág. 17), por la presentación de lo que Fromm entiende por la *práctica psicoanalítica*, antes de examinar su particular teoría: una antropología marxista humanista acabada, coherente y comprensiva, sobre la que aquélla descansa. Y, para ello, puesto que «lo específicamente frommiano es su interpretación de la misma práctica freudiana» (pág. 15), compara el *significado* que el lenguaje simbólico universal, y especialmente el onírico, posee para cada uno de estos autores. La conclusión general, que del análisis comparado se obtiene, es el rechazo por parte de Fromm de la «naturaleza exclusivamente sexual del impulso motor del sujeto» (pág. 30) y, paralelamente, el desprecio de la función que se les atribuye a los sueños: la satisfacción de tales deseos irracionales instintivos. Es decir, para Fromm lo característico del sueño, en contraposición a la vigilia, es la auto-experiencia o la no-actividad, la cual le confiere su calidad de inconsciente. En este sentido, la esencialidad del inconsciente «radica en la funcionalidad, no en el contenido» (pág. 31), esto es, en la distinta manera de contactar cognitivamente con el objeto, que puede ser expresada en términos de «inmediatez».

En virtud de esta distinta concepción de lo inconsciente reprimido, Fromm va a disentir de Freud no sólo en lo referente al significado, función y lógica interna o mecanismos de elaboración de los sueños, sino también en su interpretación de la *tarea psicoanalítica*. Así, aunque tanto para el psicoanálisis ortodoxo como para el frommiano el proceso curativo sea un proceso de concienciación, sin embargo, mientras que para el padre del psicoanálisis el objetivo de la terapia consiste en «aflorar un contenido a través de su materialización en palabras» (pág. 81) y, por tanto, en «someter» lo «irracional» al «ego», para Fromm este mismo proceso implica la recuperación de la funcionalidad esencial perdida y, consiguientemente, la ampliación del «yo», lo cual exige la superación de la experiencia socialmente moldeada. Con todo, se radicalizan los objetivos del psicoanálisis, dado que no se busca sólo la desaparición de los síntomas de la enfermedad, sino una «transformación caracterial del sujeto hasta conseguir una determinada actitud ante la vida y la realidad que comporte el síntoma de la salud: el bienestar» (pág. 72).

Pues bien, la interpretación que efectúa Fromm del objetivo de la terapia psicoanalítica, liberadora, revela una adhesión a la teoría marxista de la determinación social de la conciencia, cuya explicación le obliga a asumir la categoría de «inconsciente social», entendiéndola como parte específica de la experiencia humana *socialmente reprimida*. A su estudio, la profesora Moreno dedica el segundo capítulo de la obra que presentamos. De él queremos destacar lo que, a nuestro juicio, es una interesante conclusión para el conjunto del pensamiento frommiano y que puede ser enunciada en los siguientes términos. La represión o configuración del inconsciente social se produce a través del sistema de comunicación humano, es decir, mediante el sistema conceptual o categorial elaborado por la sociedad, el cual opera como un filtro selector de las experiencias

accesibles a la conciencia. De ello se deduce que el señalado sistema categorial no es el *constitutivo* de *toda* la experiencia, o, de otro modo: la experiencia plena no se reduce a la experiencia consciente (pág. 104). Es más, puesto que el filtro social actúa a nivel formal como delimitador de la experiencia consciente, parece que debe presuponerse la existencia de un tipo de contacto inmediato, no restrictivo, que constituye la experiencia plena (*p. Ibid.*), y cuya característica esencial es la de poner en juego todas las potencialidades humanas. En suma, la negación social del *contacto pleno* con el objeto pone de relieve a) la existencia de una naturaleza humana universal sustantiva, esto es, de una funcionalidad integradora sujeto-objeto (pág. 93), y b) la presencia de una concreción histórico-social de dicha naturaleza.

Para dilucidar lo que Fromm entiende por la referida naturaleza humana, F. Moreno invierte los capítulos tercero y cuarto de la obra. Y nos presenta la caracterización que Fromm hace de ella, en la que pretende librarse de todo tipo de reduccionismo explicativo de lo específicamente humano, compaginando, para conseguir tal objetivo, «el carácter dinámico y dialéctico de los factores psico-biológicos con el carácter dialéctico de los socioeconómicos» (págs. 177-8). De este modo, considera que ni la naturaleza del hombre es infinitamente moldeable y capaz de adaptarse a cualesquiera circunstancias sociales, como cree Fromm admitiría el sociologismo extremo, ni posee una forma prefijada e invariable, como lo harían el psicologismo o biologismo exacerbado, sino que la naturaleza mantiene una relación de adaptación dinámica con la realidad social en la que se desenvuelve.

Por tanto, la categoría que realiza la integración superadora deseada por Fromm es la de «adaptación dinámica», y supone a) la *automodificación* reactiva de lo humano en ese contacto adaptativo con el medio social y b) la existencia de un *límite de adaptabilidad* marcado por la presencia de un elemento sustancial operante, que se traduce en unos «mecanismos» y «leyes» específicos.

Llegado este momento, F. Moreno se propone determinar cuáles son esos «mecanismos» y «leyes» que constituyen lo esencial de nuestra naturaleza (pág. 220), o, de otro modo, qué es lo que marca el límite de adaptabilidad. Una vez más, Fromm en este punto se separa del freudismo ortodoxo, al no aceptar su dualismo instintivista, en cuyo esquema está presente la lucha dialéctica entre dos impulsos primarios básicos: el impulso de vida (*Eros*) y el de muerte (*Tánatos*). F. Moreno a este respecto, resaltando las importantes similitudes en el terreno temático y conceptual entre el autor tratado y W. Reich (pág. 183), nos dice que, disintiendo de Marcuse por no determinar un origen y finalidad comunes para ambos instintos (pág. 179), Fromm adopta la opinión de aquél, para quien el instinto de destructividad es de carácter secundario, esto es, sólo se desarrolla en ausencia de unas condiciones sociales objetivas favorables para la satisfacción del «primario» instinto de vida.

En definitiva, Fromm rechaza semejante antinomia pulsional conatural a lo humano y propone la presencia de unas *necesidades específicas básicas*, entendidas como factores dinámicos del proceso histórico, las cuales serán rastreadas en sus diferentes obras por F. Moreno, reorganizadas y reducidas muy acertadamente a una fundamental, a saber, la *necesidad de relación*. Según ella, el hombre requiere la relación con sus semejantes y la naturaleza como única forma de actualizar todas y cada una de sus potencialidades. Por consiguiente, se trata de una *necesidad vital*, que, en el nivel de lo humano, es más compleja que la necesidad pragmática de cooperación, pues «hunde sus raíces en la *afectividad*» (pág. 230). Atendiendo a esta necesidad fundamental de relación afectiva, Fromm desarrolla una interpretación de la historia *onto y filogenética* que para la profesora Moreno «no pasa de ser una mera hipótesis especulativa» (pág. 240), pero cuyo valor se cifra en evidenciar la existencia de una *necesidad vital dinámica (primaria)*, inherente a la naturaleza del hombre, que puede peligrosamente ser sometida al orden convencional, creado por la necesidad social (secundaria), hasta volverse incluso en contra del orden natural. Especificaciones suyas son, según lo dicho, la *necesidad de un marco de orientación y devoción* o de estructura, expresión de una doble querencia: de un punto fijo (creencia o cosmovisión), que sirva de *guía orientadora* para la acción y de una *meta* hacia donde pueda el hombre dirigir sus energías; la *necesidad de unidad* con el mundo natural y social; así como la *necesidad de efectividad y de estimulación*; necesidades todas ellas avaladas por una fuerte base experimental y a cuya defensa se une la opinión de F. Moreno.

No obstante, la presente caracterización de la naturaleza humana posibilita las acusaciones de *irracionalista e idealista* por parte de los más acerbos críticos de Fromm, de las que la profesora Moreno exige, cuando menos, una revisión, si no un rechazo, por considerarlas injustificadas. En efecto, debe concluirse que el planteamiento frommiano no es ni *idealista* ni *irracional*, sino crítico de la realidad social alineante, responsable de la disfuncionalidad humana, en cuanto considera como centro de la terapia y de la práctica de vida «normal» la destrucción de ilusiones o falsa conciencia» (pág. 187), acto que encierra una «auténtica práctica revolucionaria» (pág. 188).

El resultado de semejante práctica revolucionaria es caracterizada por Fromm mediante el concepto de *productividad*. En relación con él, resaltamos la tesis mantenida por F. Moreno, según la cual, en el terreno de la «fundamentación del modo de actividad adecuado a la naturaleza se debate de hecho una teoría del conocimiento» (pág. 199). De acuerdo con ello, Fromm admitiría dos modos de contacto con la realidad, *inmediato y derivado*, que suponen dos tipos de conocimiento: *operante e instrumental*. Entre estos dos tipos de conocimiento (originario o inmediato e intelectual instrumental o mediatizado) se establece una relación dinámica y dialéctica, por medio de cuya *conjunción sintética* «el

sujeto llega al conocimiento verdadero de la realidad y de sí mismo como centro y eje de experiencia» (pág. 200). Por tanto, F. Moreno puede sistematizar el proceso de conocimiento en tres tipos de experiencia cognoscente: a) la experiencia primaria, «esencialmente espontánea, inmediata, activa y reactiva, en la que el sujeto es el centro de referencia comprensiva e indiferenciada»; b) la experiencia secundaria, caracterizada «por la diferenciación y la posesión de instrumentos de representación mental que permiten la separación del objeto físico y la comunicación a niveles pragmáticos o de finalidad»; y c) la experiencia moral que «incluye la discriminación instrumental y la función autorreferente y unitiva en un mismo momento» (pág. 206). Ciertamente, sólo esta tercera forma de conocimiento, superadora de la dicotomía sujeto-objeto, teoría-praxis, experiencia-palabra, materia y espíritu... supone la destrucción del conocimiento ficticio (ideológico) y el inicio del conocimiento objetivo, lo cual significa el desarrollo de la actividad específicamente humana: la productividad.

Es interesante también destacar del presente trabajo, la defensa que su autora realiza del pensamiento de Fromm contra la acusación de «antimarxista» por parte, no sólo de marxistas «ortodoxos», sino de neomarxistas humanistas. En este sentido, en el capítulo IV efectúa una breve y crítica exposición comparativa de las más significativas propuestas antropológicas marxianas (Lucien Sève, Robert Kalivoda, Herbert Marcuse y György Márkus), para concluir que, a pesar de la aparente ambigüedad, vaguedad, abstracción e incluso contradicción presentadas por la propuesta frommiana, no hay duda de que encierra *una antropología marxista humanista*, que no sólo tiene categoría para dialogar muy dignamente con ellas (pág. 8), sino que, además, se revela como superadora de muchas de sus deficiencias teóricas. Y aunque, efectivamente, existe una separación entre la hipótesis antropológica de Fromm y la de Marx, producto del distinto modelo de sociedad analizado por cada uno de ellos y de la ampliación interpretativa del conflicto represivo hacia una perspectiva psico-social por parte del primero, no obstante, sus planteamientos no contradicen ninguna de las afirmaciones fundamentales de Marx. En absoluto. Por el contrario, como buen freudomarxista —y la profesora Moreno parece querer mostrar que es el más coherente de los componentes de tal corriente integradora de pensamiento—, Fromm no deja de moverse dentro del planteamiento de ambos autores, al tiempo que supera el posible reduccionismo económico y psicológico de sus respectivas teorías. Consiguientemente, puede concluirse que el análisis frommiano responde a «la necesidad de un desarrollo del concepto de hombre que dé sentido a la *crítica de la economía política*, más allá de la mera evolución económica de las fuerzas sociales» (pág. 285), ya que la «enajenación», además de ser una categoría económica, posee una dimensión psico-social, cuyas consecuencias deben ser tenidas en cuenta por todo programa revolucionario.

Pues bien, precisamente *la categoría de interacción psicosocial: el carácter social*, va a ser el punto central de estudio del último capítulo de la obra a la que nos estamos refiriendo, el quinto, dedicado a la *presentación de una teoría de la personalidad convertida en caracterología*. Y es que, siendo la intención de Fromm eminentemente práctica, a saber, fundamentar una praxis social liberadora, tiene sentido que el objeto de semejante teoría sea el individuo instalado en una situación concreta con la que mantiene una relación conflictiva y dialéctica, y, dentro de él, aquello que es constitutivamente *modificable*: el carácter social (pág. 291). Ello es así, puesto que, por una parte, el carácter es el resultado de la adaptación dinámica del individuo a una estructura social y, como tal, es un concepto *relacional o funcional*: una variable dependiente de los modos sociales. De esto da fe el que su origen radique en un doble proceso de relación del hombre con su mundo, a saber, de *asimilación* (relación con objetos) y de *socialización* (relación con personas), desarrollado dentro de la célula familiar («agencia psíquica» de la sociedad), a través de cuya intervención se internalizan las necesidades de un sistema concreto, conformándose, pues, un tipo de carácter adecuado a sus peculiares exigencias funcionales. Por otro lado, a favor de Freud y en oposición al conductismo, el carácter social es el *factor dinámico*, subyacente, determinante y explicativo de la conducta. En definitiva, las presentes cualidades del carácter le confieren una operatividad, porque si las formas de pensar, sentir y actuar están determinadas por una estructura de carácter dado, su transformación integral dependerá también del cambio fundamental que acontezca en el carácter. Pero si además el carácter es de naturaleza relacional, dependiente de una situación socioeconómica concreta, su operatividad se revela «a la hora de orientar cualquier método social de organización que, como es lógico, afecta necesariamente a la conducta humana» (pág. 294).

Sin embargo, a pesar de la mencionada operatividad del enfoque teórico de Fromm, F. Moreno hace hincapié en la ausencia de un método de análisis de los distintos tipos de carácter fiable desde el punto de vista experimental. Llega a la conclusión de que, si bien quizá posea una validez en el terreno sociológico, por cuanto pueda relacionar una estructura socioeconómica determinada y los rasgos de carácter de los individuos presentes en ella, no obstante, la utilización de categorías demasiado generales (tipos de autoridad) perjudica los resultados de cara a su operatividad deseada para la psicología. Contra esta deficiencia, F. Moreno expone otros dos elementos de análisis, la estructura como significado-significante y el empleo del tiempo, los cuales, junto con la autoridad, forman un conjunto indisoluble idóneo como vía de análisis caracterológico.

Sirviéndose de tal método «valorativo», Fromm prevé, según la distinta actitud con que el sujeto se enfrenta a su mundo de objetos y personas, dos orientaciones contrarias de carácter: *productiva e improductiva*, que F. Moreno analizará por separado. A propósito del carácter improducti-

vo, considera que su estudio se corresponde con la parte más endeble de la reflexión frommiana: el análisis crítico del tipo de vida (enajenado) generado por el modo de producción capitalista, que apunta hacia una síntesis entre las antagónicas posturas funcionalista y dialéctica (pág. 320). Recogiendo buena parte de los análisis sobre el tema, ve como responsables de la enajenación del hombre actual los factores esenciales que sustentan el tipo de economía de mercado libre y la creciente tecnificación industrial: la *cuantificación*, *abstracción*, la *burocratización* y el *consumo*. Por otra parte, el carácter productivo se define como una determinada actitud o un modo activo de relacionarse con el mundo, en el que tiene lugar el desarrollo de todas las potencialidades humanas. Al hilo de la separación de las señaladas orientaciones de carácter, Fromm, desde una teoría motivacional, distingue dos tipos de conciencia: *autoritaria* y *humanista*, que, a su vez, se corresponden con dos sistemas éticos antagónicos: una ética autoritaria y una ética humanista. Es decir, se establece, de esta forma, una dependencia mutua entre el modo de vida productivo y los principios de una ética humanista, cuya realización exige una radical praxis social. Y precisamente en esta manera de comprender la obra del pensador freudomarxista, creemos centrado el mérito del trabajo que presentamos en estas líneas, puesto que evitando la ambigüedad y abstracción hacia las que siempre está tendiendo, recupera lo que ella tiene de importante: la denuncia de la irracionalidad de los modos de vida actuales, fruto de un sistema socioeconómico irracional y alienante, y la exigencia de una liberación humana desde una transformación social productiva.

Yolanda RUANO DE LA FUENTE

LAFUENTE, María Isabel; *Teoría y metodología de la Historia de la Filosofía*. Universidad de León, León, 1986; 277 págs.

La aparición del libro de María Isabel Lafuente, *Teoría y metodología de la Historia de la Filosofía*, ha de acogerse con entusiasmo por dos razones: la primera, extrínseca a la obra, a saber: la escasez manifiesta de estudios dedicados a esta temática, especialmente en castellano; la segunda, intrínseca a la misma, a saber: su valor y rigor científicos.

La obra aborda decidida y abiertamente los múltiples problemas de diversos órdenes planteados por una disciplina tan compleja como la Historia de la Filosofía. En primer lugar, problemas de orden teórico, como es, por ejemplo, ante todo el problema de la circularidad inevitable presente en el punto de arranque de toda elaboración de la Historia de la Filosofía; ya que dicha elaboración exige la realización previa de una selección de filósofos y temas, la cual requiere a su vez el establecimiento